



Homero de vuelta en la escuela

Homer back to school

Homero revient à l'école

Fecha de recibo: 05-07-10 - Fecha de aprobación: 06-11-10

MARÍA GARCÍA ESPERÓN

De la página 43 a la página 59

Resumen

La escuela es el espacio natural para dar a conocer los clásicos, particularmente la *Iliada* y la *Odisea*, de Homero. Esta experiencia ha de abordarse por parte del maestro de manera vivencial tratando de transmitir pasión por las obras que fundaron la literatura occidental. Llevar los clásicos al aula sin timidez y con vehemencia significa hacerlos vivir de nuevo. No presentarlos como letras muertas de civilizaciones muertas sino como una aventura de transformación y de belleza.

Palabras clave

Homero, cultura, educación, literatura, ideales, formación, oralidad, lectura.

Abstract

School is a natural space to bring the classics, particularly the *Iliad* and the *Odyssey*, by Homer. This experience has to be tackled by the teacher in an existential way trying to transmit passion for the works that founded the western literature. Bringing the classics to the classroom without shyness means to make them live again. Do not present them like dead letters of dead civilizations but like an adventure of transformation and beauty.

Key words

Homer, culture, education, literature, principles, training, orality, reading.

Résumé

L'école est l'espace naturel pour faire connaître les œuvres classiques et en particulier *l'Iliade* et *l'Odyssée* d'Homère. Cette expérience doit être abordée par le professeur de manière vécue de telle manière à transmettre sa passion par les œuvres qui ont fondé la littérature occidentale. Porter les classiques à la salle de classe sans timidité et avec passion signifie les faire vivre à nouveau. Il ne faut pas les présenter comme des lettres mortes de civilisations éteintes mais comme une aventure de transformation et de beauté.

Mots clés

Homero, culture, éducation, littérature, idéaux, formation, oralité, lecture.

I

Hace unos años, en la escuela en que mi hijo cursaba la primaria, la maestra de quinto grado convocó a una asamblea para explicar a los padres los procedimientos a seguir en clase y las lecturas que harían los niños. Para terminar, dijo con una voz que denotaba cierta timidez e inseguridad:

-Leeremos la *Iliada* y la *Odisea*, en versión reducida, claro.

Como las muchedumbres en las plazas de toros gritan *ole* sin ponerse de acuerdo, del mismo modo cincuenta adultos reunidos en el auditorio de una escuela gritaron al unísono:

¡No!

Ese grito de rechazo unánime a las obras que fundaron la literatura occidental me causó en su momento enojo y frustración. Pensé que los padres y madres de mi generación -los nacidos en los

sesenta- detestan a Homero. Que nadie les enseñó a disfrutar las aventuras de Ulises, que no supieron de la belleza de Helena, ni del fuerte corazón de Héctor, ni de la nobleza de los caballos de Aquiles. Que no saben quién es Príamo y quién es Hécuba, que jamás visitaron la cueva de Calipso ni temblaron ante la antropofagia de Polifemo. Que nunca se amarraron a ningún mástil para escuchar a las sirenas sin correr a estrellarse contra sus rocas. Que no se preguntaron por qué a las cosas los hombres las llaman de una manera y los dioses de otras. Que no se perdieron en el mar color de vino, ni acompañaron a la afligida Tetis de pies de plata a pedir a Hefestos que labrara armas para su hijo, cuya vida sería breve. Que no lloraron con Aquiles sobre el pecho rígido del muerto Patroclo, que no se esforzaron con Áyax y con Diomedes, con Menelao y Agamemón

para lograr un sitio en la memoria de los hombres.

¿Cómo es posible que digan que no quieren leer a Homero? -le pregunté a una culta madre de familia argentina, esperando encontrar a una aliada para mi causa a favor de los clásicos en ese grupo de personas de la clase media alta, preocupadas y ocupadas sinceramente en colaborar con la escuela para educar a los niños en el amor a la lectura.

-Yo también me opongo -me dijo convencida. -Para mi hija mayor la *Iliada* fue una tortura. ¡Ese cuestionario que dejó la maestra! Y esos nombres largos y extraños, me trajeron malos recuerdos de mis años de secundaria y la lectura obligatoria de la *Odisea*.

Este comentario me hizo recordar mis años de estudiante. No había nada en el panorama escolar que remitiera al disfrute de las obras clásicas de la antigüedad, que a mí me fascinaban desde niña. Efectivamente, en segundo de secundaria fue obligatoria la lectura de la *Odisea*. Para mí, una relectura y una ilusión ante la expectativa de hablar de los héroes griegos que yo adoraba, con mis compañeros y mi maestro. Expectativa frustrada porque los chicos no querían oír hablar del asunto y el maestro tenía bastantes problemas con hacer que leyeran.

Que nadie leyó.

Y no leyeron, porque no podían hacerlo.

Porque aunque conocían las palabras, no estaban capacitados para penetrar en los sentidos del texto, para poner en operación su tremenda belleza, sus emociones e ideales. Porque para leer a Homero, para volver a abrir esa cueva de tesoros, esa especie de cámara sellada de inmortalidad donde se encuentra guardado el espíritu humano con toda su fuerza y toda su maravilla, hemos perdido la llave.

II

La cultura occidental está en crisis. Mi país se encuentra a escasos milímetros del fondo. Cuando a un niño pobre del norte de México se le pregunta qué va a ser de grande, contesta a pleno pulmón: "Yo voy a ser narco y rico". En los países prósperos económicamente la sociedad manifiesta a grandes rasgos los síntomas de la decadencia: la drogadicción, la obesidad, la anorexia, la bulimia, la pérdida del sentido de la vida.

La televisión y el cine han aplicado una capa uniforme sobre las conciencias, han taponado los poros del asombro. La entronización de actores y cantantes ha convertido a los chicos en fanáticos, les ha quitado su oportunidad de convertirse en sus propios héroes. Por vivir aventuras falsas en la unidimensionalidad de la pantalla han renunciado -sin saber que renuncian- a vivir su propia aventura, a desarrollar su propia grandeza humana, a soñar sus propios sueños.

Cuando la cultura se agota, hay que caminar hacia el origen, hacia la raíz de este árbol cuyas ramas se llaman lenguaje, identidad, civilización, sociedad, mujer, hombre, libertad, esperanza, libro, educación, familia, escuela... ¿Cómo hablamos? ¿En qué creemos? ¿Cómo y en dónde nos educamos? ¿Qué leemos? ¿Cómo leemos?

Que lean lo que quieran, pero que lean.

Es mejor que lean eso... que no lean nada.

Las estadísticas señalan que los adolescentes gustan de las novelas de detectives, de misterio y horror y de los thrillers.

Yo, a los niños jamás les presentaría la literatura griega. Es algo muy alejado de su mundo.

¿Iliada?, ¿Odisea? ¿Homero? ¿A los chicos? ¡Qué tontería! ¡La literatura juvenil contemporánea ofrece mejores opciones!

Expresiones como las anteriores abundan en los pasillos de la promoción de la lectura. Sentido común, si se quiere, pues poner en las manos de un niño o de un adolescente los 24 cantos de la *Iliada* es insensato. Pero también es insensato ponerlos en las manos de un adulto promedio de cultura regular. No está capacitado para acceder a ese mundo. Nada en su medio lo ha favorecido. Algunos programas escolares conservan la lectura de fragmentos de la *Iliada* y la *Odisea* por su compromiso con la cultura universal, pero como eso: un com-

promiso, una medicina amarga que hay que tomar y hacer tomar. Un escalón brillante en la historia de la cultura, un capítulo de un libro de texto, una máscara sobre el pasado, polvo, ruina, nada.

Olvido.

III

Con las grandes obras de la literatura y del arte en general ocurre lo mismo: por venerarlas demasiado, por solemnizarlas en exceso, se ahuyenta a quienes naturalmente las disfrutarían. El hueco de apetencia estética es llenado por los productos de la cultura de masas. El hambre de lectura, por el bestseller juvenil en turno.

¿Qué autores me recomienda para entender a Shakespeare? –le preguntaron a Borges alguna vez. La respuesta fue tan fresca como sabia: a ninguno. Lea a Shakespeare. Caminemos directamente hacia los autores. Vayamos audaces y valientes al corazón del texto. Es bastante elocuente la escena de la película “La sociedad de los poetas muertos” en que profesor y alumnos hacen trizas el prólogo. Ni Shakespeare, ni Dante, ni Virgilio ni Homero necesitan prólogos para ser disfrutados. ¿Que hay muchos aspectos de esos mundos pasados que ignoramos, nombres que desconocemos, alusiones que se nos escapan? Es verdad. Pero en todas esas obras late el genio o, como decían los idealistas del siglo XIX, sobre ellas sopla el Espíritu.

Los niños, dijo Carl Gustav Jung, necesitan mitos. Las diversas culturas de esa materia ofrecen caudal. El mito se expresa a través del cuento y este cuento se narra de manera oral. Mi experiencia personal en este sentido es tan interesante que merece ser narrada.

Tengo un hijo de quince años. Cuando tenía cuatro, durante todas las noches de un año le “leí” la *Odisea*. Las comillas indican que no me limité a leer de corrido un texto, sino que como una narradora de antiguas historias, interpreté, actué y adecué lo que leía a la edad de mi oyente. Él aprendió estructuras lingüísticas que casi de inmediato aplicaba en su vida cotidiana. De su compañera de preescolar decía: “Están tan alta como una aguda lanza”. Si como niño al fin se disgustaba con alguna decisión de su padre, denunciaba: “Está tramando mil males”. Si bien era encantador escuchar eso y todos lo celebraban como una gracia, lo realmente importante que estaba ocurriendo era invisible: un desarrollo intelectual poderoso catapultado desde la más tierna infancia con la entrega emocional del mundo de Ulises.

Al actuar así con mi hijo me ubiqué en el punto de partida adecuado para hacer disfrutar a una persona muy joven la obra de Homero, pues ésta fue en su origen literatura oral. Como narración fue estructurada con las técnicas propias de las culturas orales: las repeticiones, los reforzamientos



a través de epítetos. Literatura hablada que construye lenguaje. Que funda humanidad. La *Iliada* y la *Odisea* nos aparecen como una oportunidad de oro para que el maestro se convierta, por unos momentos intensos, en el Homero de ese texto irrepetible que transmitirá a sus alumnos, en quienes dejará para siempre la semilla del amor



al origen, el asombro ante el poder del lenguaje.

Si Homero vuelve de esta manera a la escuela, en la voz de los maestros, como una narración llena de calor y de ganas de comunicar, de transmitir un mundo, la memoria recuperará sus terrenos del olvido, se revertirá el empobrecimiento que ha sufrido la educación al ubicar

las humanidades en el último lugar por seguir los criterios prácticos y técnicos que marcan las directrices de la globalización. Se redescubrirá la enorme potencialidad del ser humano, sus posibilidades infinitas de crecimiento, su enorme capacidad de aprehender, comprender y vivir en la belleza, la natural disposición que tiene el joven de abrazar ideales tan altos como profundos.

Es la escuela el espacio adecuado para volver a crear uno de los ideales humanos que más cultura han alumbrado. *La Iliada* y *la Odisea* educaron en el más profundo sentido al hombre antiguo. Lo inspiraron. Es fama que Alejandro Magno dormía con su ejemplar de la *Iliada* bajo la almohada. Lo fundía con sus sueños. El Renacimiento y toda su potencia de primavera volvieron a beber en esas fuentes, los siglos XIX y XX fueron el espacio en que los grandes estudiosos europeos revisaron minuciosamente los textos, intentando comprenderlos en su cabalidad, sin agotarlos. Los grandes psicólogos Freud y Jung construyeron sus muy influyentes aparatos teóricos con base en su profundo conocimiento del mundo griego. A lo largo de los siglos, *la Iliada* y *la Odisea* no han cesado de alumbrar cultura.

Durante dos semanas, en 2007, hice un recorrido por numerosos colegios colombianos por haber obtenido el premio Norma Fundalectura con mi novela *Querida Alejandria*, que versa sobre el mundo

clásico. Invariablemente, en esas charlas terminaba hablando de los héroes griegos ante adolescentes que sin excepción se contagiaban con el oro trascendente que emana de ese mundo. Sus ojos brillaban y tomaban la actitud del que está dispuesto a emprender un viaje a territorios de maravilla y de memoria.

Esa experiencia en los colegios de Colombia me hizo realizar por fin mi sueño de niña: compartir en un aula la pasión por Aquiles y Héctor, por Ulises y Diomedes, por Elena y Andrómaca, revivir al calor de la voz las imágenes del pueblo de Príamo armado con lanzas de fresno, las cóncavas naves varadas en la arena troyana, los dioses adquiriendo rasgos humanos para brindar consejo... Polixena valiente ante el sacrificio, Aquiles llorando frente al mar, Penélope devanando esperanza en Ítaca lejana. Las sombras de los reyes aqueos hechas luz por esas miradas adolescentes y ávidas.

Nada más lejos de aquel “No” a Homero con el que di inicio a estos apuntes que el “Sí” que dijeron esos chicos colombianos al mundo de *la Iliada* y *la Odisea*. A sus palabras aladas, a su juventud eterna y a su oro inagotable. Fueron minutos de tanta intensidad compartida, de tanta esperanza y de tanta memoria, que llegué a imaginar que estaba ahí, sentado entre nosotros, con sus videntes ojos ciegos, Homero de vuelta en la escuela.